

La llamó repetidas veces, inclinada sobre ella, mirándola como se mira y como se llama desde los bordes de un pozo a la persona que se ha caído en él y se sumerge en las hondísimas y negras aguas.

—No responde —dijo Pablo con terror.

Golfín tentaba aquella vida próxima a su extinción y observó que bajo su tacto aún latía la sangre.

Pablo se inclinó sobre ella, acercó sus labios al oído de la moribunda, y gritó:

—¡Nela, Nela, amiga querida!

Entonces ella se agitó, abrió los ojos, movió las manos. Parecía que había vuelto desde muy lejos. Al ver que las miradas de Pablo se clavaban en ella con observadora curiosidad, hizo un movimiento de vergüenza y terror, y quiso ocultar su pobre rostro como se oculta un crimen.

—¿Qué es lo que tiene? —exclamó Florentina con ardor—. D. Teodoro, no es usted hombre si no la salva... Si no la salva usted, es usted un charlatán.

La insigne joven parecía colérica en fuerza de ser caritativa.

—¡Nela! —repitió Pablo, traspasado de dolor y no re- puesto con el asombro que le había producido la vista de su lazareto—. Parece que me tienes miedo. ¿Qué te he hecho yo?

La enferma alargó entonces sus manos, tomó la de Florentina y la puso también sobre su pecho. Después las apretó allí desarrollando un poco de fuerza. Sus ojos hundidos les miraban; pero su mirada era lejana, venía de allá abajo, de algún hoyo profundo y oscuro. Hay que decir como antes que miraba desde el lóbrego hueco de un pozo que a cada instante era más hondo. Su respiración fue de pronto muy fatigosa. Suspiró varias veces, oprimiendo sobre su pecho con más fuer-

za las manos de los dos jóvenes.

Teodoro puso en movimiento toda la casa; llamó y gritó; hizo traer medicinas; poderosos revulsivos, y trató de suspender el rápido descenso de aquella vida.

—Difícil es —exclamó—, detener una gota de agua que resbala, que resbala ¡ay! por la pendiente abajo y está ya a dos pulgadas del Océano; pero lo intentaré.

Mandó retirar a todo el mundo. Sólo Florentina quedó en la estancia. ¡Ah! los revulsivos potentes, los excitantes nervios mordiendo el cuerpo desfallecido para irritar la vida, hicieron estremecer los músculos de la infeliz enferma; pero a pesar de esto se hundía más a cada instante.

—Es una crueldad —dijo Teodoro con desesperación arrojando la mostaza y los excitantes—, es una crueldad lo que estamos haciendo. Echamos perros al moribundo para que el dolor de las mordidas le haga vivir un poco más. Afuera todo eso.

—¿No hay remedio?

—El que mande Dios.

—¿Qué mal es éste?

—La muerte —vociferó con cierta inquietud delirante, impropia de un médico.

—¿Pero qué mal le ha traído la muerte?

—La muerte.

—No me explico bien. Quiero decir que de qué...

—¡De muerte! No sé si pensar que ha muerto de vergüenza, de celos, de despecho, de tristeza, de amor contrariado. ¡Singular patología! No, no sabemos nada... sólo sabemos cosas triviales.

—¡Oh!, ¡qué médicos!

—Nosotros no sabemos nada. Conocemos algo de la superficialidad.

—¿Esto qué es?

—Parece una meningitis fulminante.

—¿Y qué es eso?

—Cualquier cosa... ¡La muerte!

—¿Es posible que se muera una persona sin causa conocida, casi sin enfermedad?... Señor Golfín, ¿qué es esto?

—¿Lo sé yo acaso?

—¿No es usted médico?

—De los ojos, no de las pasiones.

—¡De las pasiones! —exclamó hablando con la moribunda—. Y a ti, pobre criatura, ¿qué pasiones te matan?

—Pregúntelo usted a su futuro esposo.

Florentina se quedó absorta, estupefacta.

—¡Infeliz! —exclamó con ahogado sollozo—. ¿Puede el dolor moral matar de esta manera?

—Cuando yo la recogí en la Trascava, estaba ya consumida por una fiebre espantosa.

—Pero eso no basta ¡ay! no basta.

—Usted dice que no basta. Dios, la Naturaleza dicen que sí.

—Si parece que ha recibido una puñalada.

—Recuerde usted lo que han visto hace poco estos ojos que se van a cerrar para siempre. Considere usted que la amaba un ciego, y que ese ciego ya no lo es y la ha visto... ¡la ha visto!... ¡la ha visto!, lo cual es como un asesinato...

—¡Oh!, ¡qué horroroso misterio!

—No, misterio no —gritó Teodoro con cierto espanto—, es el horrendo desplome de las ilusiones, es el brusco golpe de la realidad, de esa niveladora implacable que se ha interpuesto al fin entre esos dos nobles seres. ¡Yo he traído esa realidad, yo!

—¡Oh!, ¡qué misterio! —repitió Florentina, que no comprendía bien por el estado de su ánimo.

—Misterio no, no —volvió a decir Teodoro más agitado a cada instante—, es la realidad pura, la desaparición súbita de un mundo de ilusiones. La realidad ha sido para él nueva vida, para ella ha sido dolor y asfixia, ha sido la humillación, la tristeza, el desaire, el dolor, los celos... ¡la muerte!

—Y todo por...

—¡Todo por unos ojos que se abren a la luz... a la realidad!... No puedo apartar esta palabra de mi mente. Parece que la tengo escrita en mi cerebro con letras de fuego.

—Todo por unos ojos... ¿Pero el dolor puede matar tan pronto?... ¡casi sin dar tiempo a ensayar un remedio!

—No sé —replicó Teodoro inquieto, confundido, aterrado, contemplando aquel libro humano de caracteres oscuros, en los cuales la vista científica no podía descifrar la leyenda misteriosa de la muerte y la vida.

—¡No sabe! —dijo Florentina con desesperación—. Entonces, ¿para qué es médico?

—No sé, no sé, no sé —exclamó Teodoro, golpeándose el cráneo melenudo con su sarpa de león—. Sí, una cosa sé, y es que no sabemos más que fenómenos superficiales. Señora, yo soy un carpintero de los ojos nada más.

Después fijó los suyos con atención profunda en aquello que fluctuaba entre persona y cadáver, y con acento de amargura exclamó:

—¡Alma!, ¿qué pasa en ti?

Florentina se echó a llorar.

—¡El alma —murmuró, inclinando su cabeza sobre el pecho—, ya ha volado!

—No —dijo Teodoro, tocando a la Nela—. Aún hay aquí algo; pero es tan poco, que parece ha desaparecido ya su alma y han quedado sus suspiros.

—¡Dios mío!... —exclamó la de Penáguilas, empezando una oración.

—¡Oh!, idesgraciado espíritu! —dijo Golfín—. Es evidente que estaba muy mal alojado...

Los dos la observaron entonces muy de cerca.

—Sus labios se mueven —gritó Florentina.

—Habla.

Sí, los labios de la Nela se movieron. Había articulado una, dos, tres palabras.

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué ha dicho?

Ninguno de los dos pudo comprenderlo. Era sin duda el idioma con que se entienden los que viven la vida infinita.

Después sus labios no se movieron más. Estaban entreabiertos y se veía la fila de blancos dientecillos. Teodoro se inclinó, y besando la frente de la Nela, dijo así con firme acento:

—Mujer, has hecho bien en dejar este mundo.

Florentina se echó a llorar, murmurando con voz ahogada y temblorosa:

—Yo quería hacerla feliz, y ella no quiso serlo.

ADIOS

¡Cosa rara, inaudita! La Nela que nunca había tenido ca ma, ni ropa, ni zapatos, ni sustento, ni consideración, ni fa- mi lia, ni nada propio, ni siquiera nombre, tuvo un magnífico se pulcro que causó no pocas envidias entre los vivos de Socar- tes. Esta magnificencia póstuma fue la más grande ironía que se ha visto en aquellas tierras calaminíferas. La señorita Florentina, consecuente con sus sentimientos generosos, quiso atenuar la pena de no haber podido socorrer en vida a la Nela, con la satisfacción de honrar sus pobres despojos después de la muerte. Algún positivista empedernido criticóla por esto; pero nosotros vemos en tan desusado hecho una prueba más de la delicadeza de su alma.

Cuando la enterraron, los curiosos que fueron a verla ie sto sí que es inaudito y raro!, la encontraron casi bonita; al menos así lo decían. Fue la única vez que recibió adula- ci ones.

Los funerales se celebraron con pompa, y los clérigos de Villamojada abrieron tamaña boca al ver que se les daba di nero por echar responsos a la hija de la Canela. Era estu- pe ndo, fenomenal que un ser cuya importancia social había sido casi semejante a la de los insectos, fuera causa de encen- de der muchas luces, de tender muchos paños y de poner roncós a sochantres y sacristanes. Esto, a fuerza de ser extraño, ra- ya ba en lo chistoso. No se habló de otra cosa en seis meses.

La sorpresa y... dígame de una vez, la indignación de aquellas buenas muchedumbres llegaron a su colmo cuando vie- ron que por el camino adelante venían dos carros cargados con enormes piezas de piedra blanca y fina. ¡Ah! En el en- te ndimiento de la Señana se verificaba una espantosa confu- si ón de ideas, un verdadero cataclismo intelectual, un caos, al considerar que aquellas piedras blancas y finas eran el se pulcro de la Nela. Si ante la Señana volara un buey o discu- rr riera su marido, ya no le llamaría la atención.

Revolvieron los libros parroquiales de Villamojada, por- que era preciso que después de muerta tuviera un nombre fijo la que se había pasado sin él la vida, como lo prueba esta mis ma historia, donde se la nombra de distintos modos. Halla- do aquel requisito indispensable para figurar en los archivos de la muerte, la magnífica piedra sepulcral que se ostentaba org ullosa en medio de las rústicas cruces del cementerio de Al deacorba tenía grabados estos renglones:

R. I. P.

María Manuela Téllez

Reclamóla el cielo

en 12 de octubre de 186...

Una guirnalda de flores primorosamente tallada en el már- mol coronaba esta inscripción. Algunos meses después, cuando ya Florentina y Pablo Penáguilas se habían casado y cuando (d ígase la verdad, porque la verdad es antes que todo)... cu ando nadie en Aldeacorba de Suso se acordaba ya de la Nela, fu eron viajando por aquellos países unos extranjeros de esos que llaman *turistas*, y luego que vieron el soberbio túmulo de már mol alzado en el cementerio por la piedad religiosa y el af ecto sublime de una ejemplar mujer, se quedaron embobados de admiración, y sin más averiguaciones escribieron en su car- te ra de apuntes estas observaciones, que con el título de Sketches from Cantabria publicó más tarde un periódico inglés:

Lo que más sorprende en Aldeacorba es el espléndido sepulcro erigido en el cementerio, sobre la tumba de una ilustre joven, célebre en aquel país por su hermosura. Doña Mariquita Manuela Téllez perteneció a una de las familias más nobles y acaudaladas de Cantabria: la familia de Téllez Girón y de Trastámara. De un carácter espiritual, político y algo caprichoso, tuvo el antojo (take a fancy) de andar por los caminos tocando la guitarra y cantando odas de Calderón, y se vestía de andrajos para confundirse con la turba de mendigos, buscones, trovadores, toreros, frailes, hidalgos, gitanos y muleteros, que en las hermesas formaban esa abigarrada plebe española que subsiste y subsistirá siempre, independiente y pintoresca, a pesar de los rails y de los periódicos que han empezado a introducirse en la Península occidental. El abad de Villamajada lloraba hablándonos de los caprichos, de las virtudes y de la belleza de la aristocrática ricahembra, la cual sabía presentarse en los saraos, fiestas y cañas de Madrid con el porte (deportment) más aristocrático. Es incalculable el número de bellos romanceros, sonetos y madrigales compuestos en honor de esta gentil doncella por todos los poetas españoles.

Bastóme leer esto para comprender que los dignos reporters habían visto visiones. Traté de averiguar la verdad, y de la verdad que averigüé resultó este libro.

Despidámonos para siempre de esta tumba, de la cual se ha hablado en *El Times*. Volvamos los ojos hacia otro lado, busquemos a otro ser, rebusquémole, porque es tan chico que apenas se ve, es un insecto imperceptible, más pequeño sobre la faz del mundo que el *phylloxera* en la breve extensión de la viña. Al fin le vemos; allí está, pequeño, mezquino atomístico. Pero tiene alientos y logrará ser grande. Oíd su historia, que es de las más interesantes.

Pues señor...

Pero no: este libro no le corresponde. Acoged bien el de Marianela, y a su debido tiempo se os dará el de Celipín.

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA.

Aristófanes.
LAS ONCE COMEDIAS.
México: Ed. Porrúa, 1981.

Armiño, Mauro.
PARNASO. DICCIONARIO SOPENA DE LITERATURA.
Barcelona: Ed. Sopena, 1972.

Cervantes Saavedra, Miguel de.
NOVELAS EJEMPLARES.
México: Ed. Porrúa, 1982.

Homero.
LA ODISEA.
México: Ed. Porrúa, 1971.

LAS MEJORES HISTORIAS INSOLITAS.
Barcelona: Ed. Bruguera, 1972.

Montes de Oca, Francisco.
LA LITERATURA EN SUS FUENTES.
México: Ed. Porrúa, 1968.

Pérez Galdós, Benito.
MARIANELA.
México: Editores mexicanos unidos, 1983.

Poe, Edgar Allan.
CUENTOS.
México: Ed. Oasis, 1968.

Shakespeare, William.
OBRAS COMPLETAS.
Madrid: Ed. Aguilar, 1967.